

“La Habana, 1933” (capítulo de la novela *Dominó de Dictadores*)

ALFREDO ANTONIO FERNÁNDEZ PÉREZ

Teo Tellez regresó a su casa en extremo apesumbrado. Para la cena, Felipa le preparó carne asada con papas sumergidas en mantequilla derretida. No probó bocado. Corrió a encerrarse en su habitación. Esa noche, no durmió. Al amanecer, se asomó a la ventana y ahí estaba la pareja de sicarios de la víspera debajo del farol del alumbrado público espionando discretamente el garage de la mansión.

Teo Tellez arrojó al fondo de una bolsa de viaje un par de camisas, un pantalón, una manta, un par de zapatos y una toalla. Frente al amplio espejo del baño, finalizó el arreglo colocando sobre sus hombros una chaqueta deportiva. Del interior del closet, extrajo un revolver calibre treintaiocho de cachas nacaradas regalo póstumo de su padre. Lo colocó en el interior de la funda sobaquera, cerciorándose de que estuviera cargado, y en ambos bolsillos del saco, repartió una veintena de proyectiles. Acercó el rostro a la luna del espejo, extrajo un frasco de agua de lavanda del botiquín, perfumó su rostro y empapó el pañuelo hasta quedar conforme con el penetrante olor que emanaba de la tela. Al salir de la habitación, la vieja criada Felipa intentó detenerlo con el pretexto de que el desayuno se encontraba servido.

— Llevo prisa, Felipa. Si preguntan por mí, dices que estaré fuera un par de días —se despidió con un beso Felipa y trazó la señal de la cruz delante de su rostro.

La pareja de sicarios de guardia en la esquina de la casa simuló no verlo cuando partió raudo en el auto NASH al que previamente cubrió con la capota de lona oscura. La ciudad de La Habana aún hervía con la intensa agitación política de los días pasados. En varios puntos de la ciudad la policía derribaba barricadas levantadas con amontonamientos de piedras y cabillas; en las bocacalles de la barriada de La Víbora se edificaban parapetos con sacos de arena y encima de ellos asomaban los oscuros hocicos de carabinas y de ametralladoras. Pensó Teo: señal de que se avecinan nuevas batallas. Su reloj marcaba las siete de la mañana en el instante en que el vidrio del parabrisas delantero del auto vibró como si fuera a estallar. Segundos

ALFREDO ANTONIO FERNÁNDEZ PÉREZ (Cuba, 1945).
Narrador, ensayista y guionista cinematográfico.
Obra publicada: *El candidato* (Novela), Premio Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba, 1978, 2a. ed., UNEAC, 1988. *Crónicas de medio mundo* (Relatos), Editorial Letras Cubanas, 1982. *La última frontera*, 1898 (Novela), Finalista Premio de la Crítica de Cuba, 1985.

Del otro lado del recuerdo (Novela), Editorial Letras Cubanas, 1988. Los profetas de Estelí (Novela), Feria Libro Guadalajara, 1990. Lances de amor, vida y muerte del Caballero Narciso (Novela), Premio Razón de Ser; 1989 Premio Alejo Carpentier, 1993.

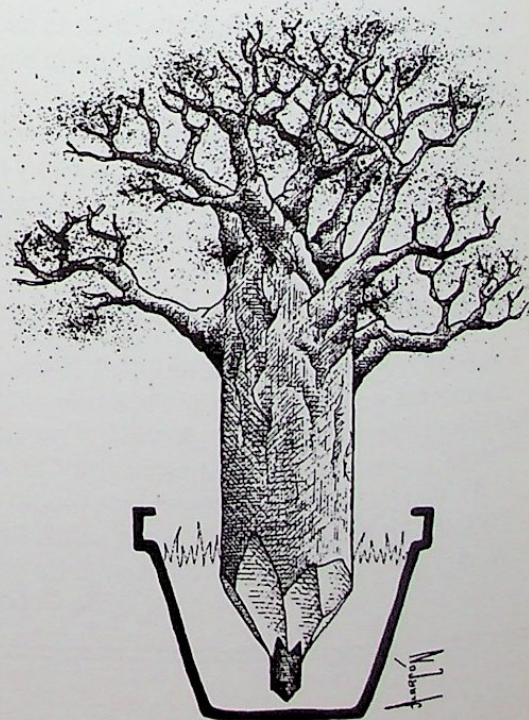
— “La Habana, 1933”, capítulo de la novela: *Dominó de Dictadores* (inédita), Premio Razón de Ser, 1992.

después, varias explosiones, cuyas ondas inundaron la Avenida de Rancho Boyeros, levantaron en vilo al auto y Teo no tuvo más remedio que detenerse. A lo lejos, sintió el inconfundible tableteo de las ametralladoras. De nuevo la historia y, pensó Teo: siempre me toca a mí. Había comenzado el combate por el dominio del Hotel Nacional y en sus oídos rebotaron las palabras escuchadas de labios del general Menocal: "se han metido en una ratonera, y el gato los va a cazar". Murmuró Teo entre dientes: "Pamela, Pamela, Pamela". Se introdujo de nuevo en el auto. Avanzó rápidamente hasta la intersección de las Avenidas de Boyeros y Carlos III. Trepó a lo largo de la Calle G. Al llegar a la Avenida 23, de nuevo las explosiones sacudieron el asfalto y lanzaron sobre las aceras a los vehículos que recorrían la doble vía. Teo disminuyó la velocidad y miró a un costado de la avenida solitaria: nubes de humo y pólvora se elevaban por encima de los altos edificios de la barriada de El Vedado. Si el cálculo no era equivocado, meditó Teo: los disparos artilleros provienen de lo alto de la Colina Universitaria. Puede que de las azoteas de las Escuelas de Física y de Ciencias Comerciales. Pensó: ¿o quién sabe si del mismísimo edificio de la Rectoría?

En la esquina de G y 23, torció el rumbo a la derecha y se aventuró con el NASH en la profundidad de la Avenida 23 en dirección del mar. Dobló a la izquierda en la intersección de 23 y N, torciendo nuevamente a la derecha esta vez para embocar a la Calle 21 y, de inmediato, frenar en seco al encontrar obstruida la vía en el cruce 21 y O. "Pamela, Pamela, Pamela", repitió Teo, agresivo. A escasos cien metros de distancia se encontraba la impresionante mole de ocho pisos del Hotel Nacional, con su fachada morisca de balcones voladizos y balaustrada de arabescos, volutas y torcidas espirales. Del otro lado de los jardines y del court de tennis del Hotel Nacional, en una gasolinera del Standar Oil, se encontraba enclavado el puesto de mando militar desde el que se dirigía el ataque contra el hotel. Las ametralladoras calibre cincuenta vomitaban intenso fuego y el circuito de balas trazadoras cortaba la bruma neblinosa del amanecer.

Teo Téllez colocó la palanca de conducción del auto NASH en reversa y descendió por la Calle N hasta alcanzar la esquina de la Avenida 23 dobló a la izquierda y, en la intersección de Avenida 23 y Calle Infanta, un nido de ametralladoras manipuladas por policías fue barrido por los certeros disparos de fusil que le dirigían los grupos de amotinados desde los altos de la azotea del Hotel Nacional. Del otro lado de la Avenida 23, en una honda furnia cerca del muro de El Malecón, sirviéndose de una pared rocosa como eficaz parapeto, una batería de morteros del Ejército ripostaba al fuego de los estudiantes atrincherados en la Universidad. Con inigualable precisión de bombardeo un racimo de obuses estalló a la entrada del Hotel Nacional, en el vecino court de tennis y en medio de la alberca lanzando al aire un largo surtidor de agua hirviente. Al ver el chorro de agua que flotaba sobre el jardín del hotel, Teo suspiró emocionado y apretó a fondo el pedal del acelerador. Se alejó por El Malecón y ya, en la lejanía, mirando a través del cristal retrovisor, alcanzó a ver una fragata de guerra que, con marinos y soldados desplegados sobre cubierta, abandonaba el puerto, navegando a toda máquina a lo largo del litoral habanero. "¡Pamela!", "¡Pamela!", "¡Pamela!"; recitó Teo entre dientes: ¿qué será de tí, amor mío, sitiada por mar y tierra?

Teo Téllez enfiló la ruta a lo largo de la Avenida de Línea atestada de vehículos que sonaban insistentemente las bocinas y de ambulancias que ululaban lastimosamente conduciendo decenas de heridos. En las esquinas, militares y hombres vestidos de civil, portando brazaletes de diferentes partidos



políticos anudados a los brazos, patrullaban las calles armados de fusiles, ametralladoras y pistolas. El garage Alfaro, situado en la esquina de Avenida de Línea y Calle O, estaba fuertemente custodiado por carros policiales blindados y camiones del Ejército cargados de militares. Dentro hay un peje gordo, pensó Teo: ¿quién será? A pesar del aparatoso anillo militar plantado en los alrededores del garage, ni uno solo de los soldados disparaba y no parecían tener ojos para el combate por el dominio del hotel que tenía lugar a diez cuadras de distancia del establecimiento gasolinero.

“Sí, sí, repitió Teo, un peje gordo encerrado en su pecera”.

Teo estacionó el auto NASH en la intersección de Avenida de Línea y Calle M. Como un civil cualquiera se mezcló con el grupo de curiosos y los diferentes custodios que, fusiles en alto, voceaban órdenes sin cesar y saltaban de una acera a otra auxiliando a los heridos a ingresar dentro de las ambulancias. Más allá, se abría una enorme furnia como la que viera en Malecón y 23. Diferente de la anterior, que era de pared rocosa y albergaba un emplazamiento de morteros, estaba cubierta de vegetación y sin vigilancia alguna de soldados. Teo no lo pensó más, se alborotó los cabellos, se rasgó la camisa, extrajo su revólver y, disparando un par de tiros al aire, echó a correr hacia el enorme agujero.

—¡Porrista, porrista! ¡Párate, hijoeputa!— voceó Teo desesperado y se internó en los matorrales.

Dentro del monte, disparó un par de veces más, sin dejar de gritar. Al ver que no lo seguían, gimió entre las yerbas como si estuviera herido. Arrancó a correr nuevamente. Salió al parqueo del Hotel Nacional: cien metros más de carrera y alcanzaba la entrada, jadeó Teo, y se impulsó. Una granizada de balas hizo saltar chispas de los techos de los autos arrimados a la acera y astilló los vidrios del limpiaparabrisas delantero de un Ford. Teo se lanzó al piso, debajo de un Hudson de lux. Desde la puerta del hotel, ripostaban al fuego y

Teo calculó que si se incorporaba podrían confundirlo con un enemigo infiltrado dentro de sus líneas y resultaría fácilmente barrido a tiros. Se aplastó debajo de la carrocería del Hudson, avanzó a rastras y salió por la parte delantera. Buscó refugio detrás del portamaletas de un viejo Mercury. Nuevas ráfagas hicieron zozobrar aún más su ánimo. Desde su posición, encorvado, sólo con levantar la cabeza levemente, Teo Tellez podía ver a los francotiradores de ambos bandos enfrascados en mortal duelo. Cincuenta metros más y, con un poco de suerte, pensó Teo: llegaría a la meta. Extrajo el pañuelo perfumado del bolsillo superior del saco.

Se enjugó el rostro sudoroso. Se levantó del suelo, pausadamente, en medio de una descomunal lluvia de balas. Avanzó lentamente, hacia la entrada. Al ver que una pareja de defensores del recinto hotelero le apuntaban amenazadoramente con sus ametralladoras, Teo Tellez levantó sus manos desarmadas y se dirigió hacia ellos.

— Soy amigo, no disparen . . . — confirmó apacible, sudoroso bajo el sol y sintiendo las balas repicar por doquier, Teo.



Seis hombres, armados con ametralladoras Thompson, ocupaban el lobby del hotel; por parejas, se turnaban para disparar. Los hocicos de las armas vomitaban fuego y humo y el carapacho metálico relucía al rojo vivo. Uno de los defensores del hotel comunicó al piso alto, a través de un teléfono interior, que mantenían con

ellos a un prisionero. Un rato después, se abrió la puerta metálica del elevador. Teo se vio encañonado por un por un par de ametralladoras a las que se sumaron dos escopetas de perdigones empuñadas diestramente por la pareja que bajó al lobby en el ascensor.

— ¿Que buscas aquí? —preguntó uno de los hombres y sus palabras se perdieron en mitad de una cortante ráfaga de ametralladoras.

— Soy Teodoro Tellez, amigo de ustedes. Me envía el general Menocal como enlace —extrajo su cédula de identidad—. Aquí, en el hotel, hay gente escondida que puede dar fe de lo que digo.

El interrogador bajó la ametralladora. Se frotó los ojos, cansados y rojos por la falta de sueño y Teo aprovechó para mirar la hora en el enorme reloj de péndulo colgado de la pared del lobby: diez de la mañana.

—Diga, pronto, ¿quiénes son sus conocidos? —preguntó torvo el interrogador y de nuevo sus palabras fueron sepultadas por una ola de disparos.

— El coronel Arturo Romagosa . . . y su esposa Pamela Rivas —indicó Teo, preciso—. ¿No los conocen?

El interrogador, sin responder, miró a sus compañeros y Teo pensó: acerté, dí en el blanco.

Custodiados por una pareja de insurrectos armados con escopetas de caza, Teo subió en el elevador hasta el piso cuarto. Fue conducido al interior de una lujosa suite, y allí, para su asombro, reconoció de inmediato al general Sanguily como el hombre que estaba acostado en una cama con una botella de plasma sanguíneo encajada en la vena del brazo derecho.

— Siéntese ahí . . . —indicó uno de los insurrectos y Teo fue a dar al fondo de un sofá recostado contra la ventana.

Apoyado en la pared vecina, había un militar con el fusil *Springfield* encajado entre las piernas. Teo imaginó que dormitaba en mitad de la guardia. Se asombró al ver el charco de sangre coagulada sobre la alfombra marrón. Al ladear la cabeza del militar, descubrió, asombrado, que tenía destrozada la mitad del cráneo por el impacto de una bala.

— Lo mató un francotirador enemigo —explicó sin emoción un custodio—. Estaba asomado ahí, en igual posición que usted.

Teo Tellez se apresuró a apartarse del vano de la ventana abierta. Y sí, ahí, sólo con mirar unos segundos, pudo ver las azoteas de los edificios vecinos erizados de hombres armados apuntando persuasivamente hacia la amplia fachada del hotel. Ruidos de pasos en el pasillo lo hicieron volver su atención hacia el exterior de la habitación. La puerta se abrió, y un nuevo par de hombres armados, se hicieron a un lado para que entrara un tercero. No más vio su cuello estirado y pecos, su aire altivo y distante, su blanca indumentaria que apenas disimulaba el pegajoso sudor del trópico, Teo Tellez comprendió que se encontraba en presencia, nada más y nada menos, que de Benjamin Sumner Welles, el embajador norteamericano que negoció la salida del país del dictador Machado. “¡Quién lo iba a imaginar aquí!; pensó Teo: ¿habrá venido a negociar también la salida de los militares machadistas sublevados?

A través de la ventana encristalada de la habitación, Teo vio llegar al parqueo una ambulancia con bandera blanca que llevaba estampada en el centro una enorme cruz roja. No se produjeron nuevos disparos y Teo calculó que Welles, al menos, había sido capaz de negociar una tregua entre ambos bandos contendientes. ¿Cuánto tiempo durará?; pensó: ¿suficiente para que encuentre a Pamela? Colocaron una ruedita debajo de cada uno de los ángulos de la cama en la que Sanguily, puro nervio, vociferaba que siendo él un viejo general independentista no se dejaría gobernar por un sargento, y mucho menos un sargento mestizo, como ese

advenedizo sargento mulato Fulgencio Batista y Zaldívar. Los insurrectos empezaron a empujar la cama en la que yacía acostado Sanguily y Teo, conminado por uno de sus custodios, se hizo cargo de la cabecera. A duras penas, logró rebasar la puerta de entrada de la suite nupcial. Ya en el pasillo, rodó libremente hasta llegar al elevador y durante el descenso de los cuatro pisos Sanguily no dejó de proferir bravatas ni un segundo. Fuera del elevador, los esperaba un pequeño ejército de hombres armados con escopetas, ametralladoras y pistolas que se abrieron paso como escoltas acompañando a Welles y Sanguily hasta la ambulancia de la Cruz Roja Internacional. Las puertas traseras se cerraron, y el vehículo partió en medio del trepidante sonido de la sirena.

Un camioncito pintado de verde, colocado a un costado de la entrada principal del hotel, aprovechó la salida de la ambulancia para introducirse clandestinamente en el parqueo. Los custodios se apresuraron a ayudar en la descarga. De la parte trasera, brotaron ruedas de queso amarillo, ristras de ajos y chorizos, pencas de bacalao, un par de sacos de arroz y uno de papas. La mercancía fue recibida con grandes muestras de alegría, rápidamente trasladada a la despensa del hotel antes de que se reiniciara el bombardeo.

— ¡Ganamos! —comentó uno de los custodios y Teo sonrió, comprensivo—. Es lo que dicen todos los que llegan. Por cada baja nuestra, ellos han tenido una docena. . . o más.

— ¿Y? —preguntó Teo, cordial—. ¿Cuántos son ustedes? ¿Nosotros, quiero decir?

Una explosión sacudió el edificio y lanzó a Teo contra la pared enjalbegada de azulejos moriscos. Apenas sin reponerse de la sorpresa, los defensores del hotel corrieron a través del lobby, pero no hacia la entrada como otras veces sino hacia el fondo. Teo corrió tras ellos y se vio de repente en medio del patio interior del hotel, frente al litoral habanero. A un par de kilómetros de distancia, balanceándose suavemente sobre el mar, la fragata de guerra con los cañones desenfundados y apuntando amenazadoramente hacia ellos aguardaba la nueva orden de disparar.

El primer disparo abrió un cráter humeante en medio del césped. Desde la azotea del hotel, uno de los insurrectos dio aviso de que volvían a disparar. Al levantar las cabezas y mirar hacia el mar, sintieron la seca denotación, vieron el chispazo de fuego y la nubecilla de humo gris que brotó del ánima del cañón, escucharon el silbido del proyectil, pero nadie se movió de su posición. Permanecieron firmes, de pie, desafiantes, pegados al suelo, hasta que el proyectil, en lugar de caer en los amplios jardines del hotel, fue a encajarse directamente en la pared rocosa del farallón que resguardaba el edificio, encima de la batería de morteros enemigos, provocando un alud de piedras y tierra que los dejó medio sepultados.

— ¡Ganamos! ¡Esta guerra la ganamos nosotros! —voceo alborotado el custodio y Teo se limitó a sacudir la película de arena que cubría el hombro derecho de su chaqueta deportiva.

Gritos de entusiasmo brotaron en los pisos altos del hotel. Teo Tellez, alarmado, volteó a mirar hacia arriba. Vio cientos de cabezas asomadas en balcones y ventanas. ¿Cuál será la de Pamela?, pensó. La algarabía era enorme, como en los días de fiestas patrias. Teo calculó en mil las cabezas asomadas. Pensó: un batallón entero. Volteó a mirar detenidamente, y sí, ahí, a la altura del piso siete, al final de la hilera de ventanas, del lado izquierdo, una mujer de pelo negro ondulado permanecía tímidamente asomada en el borde del balcón.

“Pamela, Pamela, Pamela”, silabeó Teo.

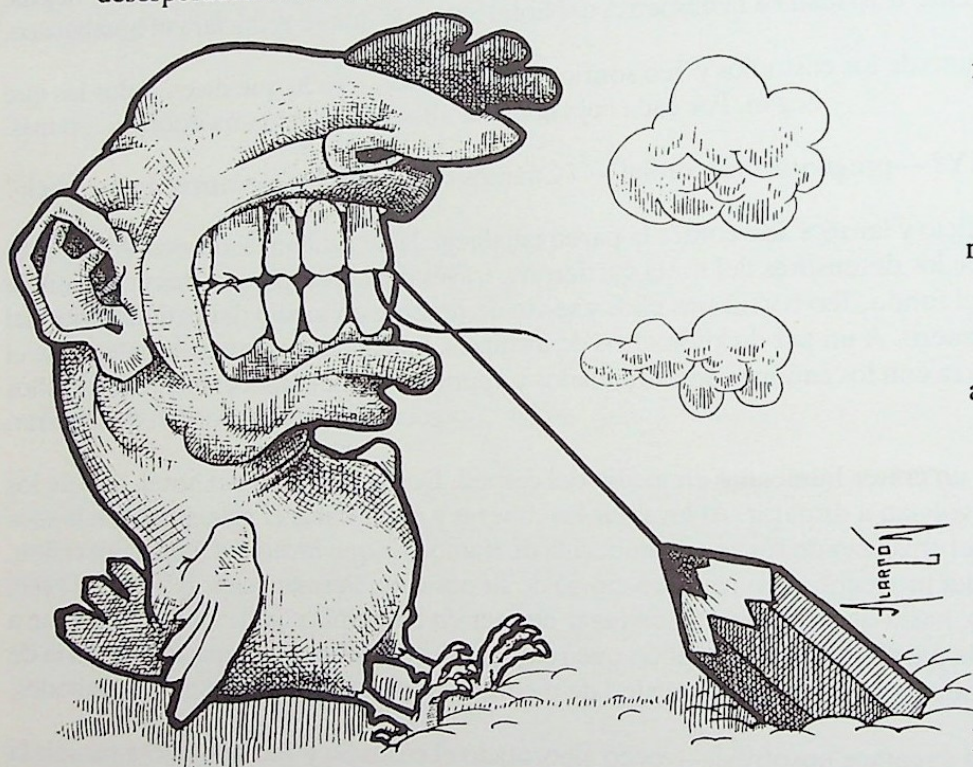
— ¡Pamela! —rugió Teo y su grito se perdió en medio del estruendo de las voces.

Teo Tellez agitó su mano, el pañuelo blanco, el revólver en alto. Y Pamela como distraída, distante, en otra galaxia. Pensó Teo: Dulcinea en su atalaya. Allí se fue veloz, émulo del Quijote, apartando a su paso a los defensores armados del hotel. Se encerró en el elevador de jaula metálica. Oprimió el botón negro con el número siete estampado en el centro. A la altura del piso tres, la luz del solitario foco interior pestañeó, se apagó de repente y el elevador tembló como en mitad de un terremoto. Teo fue catapulteado contra la rejilla

metálica. Nada. No se abría. Estaba trabada. Mirando el indicador de pisos, comprobó que la máquina se había detenido entre los pisos tres y cuatro. Sin pérdida de tiempo, abrió la rejilla de ventilación colocada en el techo del elevador, se aferró con ambas manos del borde del agujero y suspiró feliz al asomar la cabeza en el hueco del respiradero.

Con sumo esfuerzo, logró extraer el cuerpo y se aplastó sobre el techo de la cabina del elevador envuelto en una verdadera maraña de cables y de cordones eléctricos. Pensó: si la luz vuelve, me fulmina un rayo. Corrió los cerrojos y pasadores de la puerta de la salida. Se levantó. Probó a abrir con ambas manos y no pudo. De nuevo cobró impulso. Se lanzó contra el cierre metálico embistiendo con el hombro en medio de la juntura que cerraba ambas puertas. Teo se vio en mitad del pasillo abandonado, a oscuras. Miró al fondo y por ahí debía encontrarse la escalera. Trepó apresuradamente, de dos en dos, los peldaños de los pisos cinco y seis.

Llegó jadeante a la embocadura del piso siete. Se asomó. No había nadie en el pasillo. Corrió desesperadamente hacia hacia el fondo. Se detuvo frente a la habitación rotulada con el número 762.



Golpeó repetidas veces la puerta sin encontrar respuesta. Intentó probar con la siguiente. Al disponerse a tocar, la puerta se abrió de repente. Enmarcado entre la pared y la puerta, apareció el rostro de su amada Pamela. Al verlo aparecer, Pamela Rivas mudó de color y se quedó sin habla. Teo Tellez, nervioso, acabó de empujar la puerta de una patada y corrió a abrazarla en mitad de la habitación.

— Siglos que te busco sin encontrarte —murmuró a punto de la angustia y del ahogo, Teo—. ¿Cómo te fue?

Pamela se retiró un tanto para poder contemplarlo mejor.

Rozó su rostro con ambas manos y acarició sus cabellos y nuca.

— Pensar que estabas aquí, en el hotel —recitó Pamela— Y yo sin saber nada de tí. . . tan cerca los dos.

Teo Tellez dirigió la atención hacia el fondo de la habitación; vio un solitario fusil *Springfield* recostado contra el vidrio de una ventana.

— ¿Tuyo? —preguntó intrigado Teo— ¿Montabas guardia?

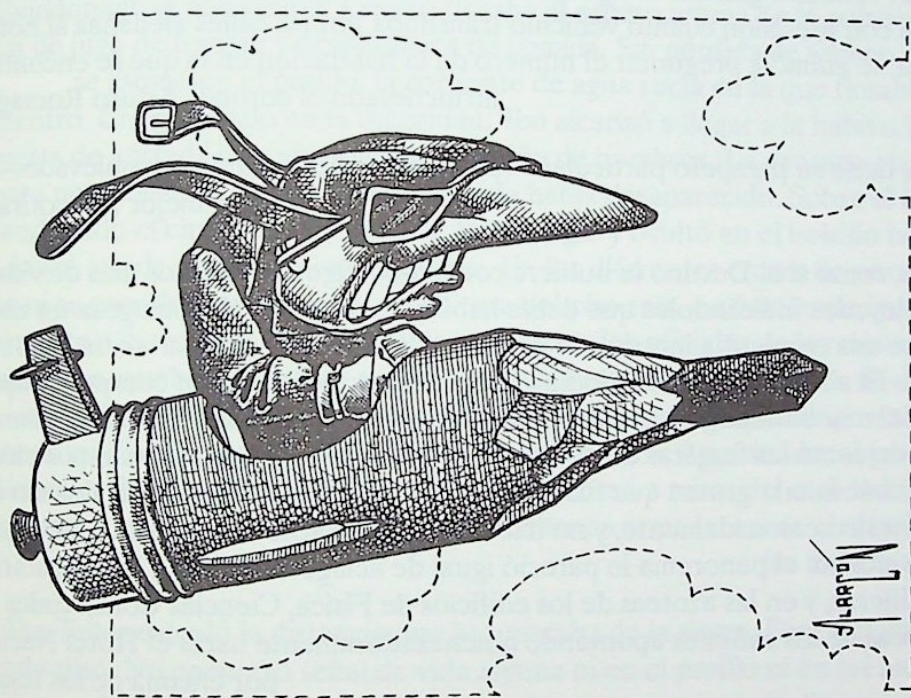
Pamela Rivas se alarmó. Permaneció a la expectativa. En lugar de responder, se apresuró a cerrar la puerta de la habitación.

— Es de Arturo —respondió alarmada—. Lo llamaron sus compañeros de la azotea. Tú bien sabes que él es experto tirador del Ejército. Al sentir pasos en el pasillo —suspiró Pamela—, abrí la puerta pensando que era él. . . y eras tú.

Teo Tellez la volvió a abrazar fuerte, contra el pecho, y Pamela temblaba de los pies a la cabeza.

— Arturo puede volver en cualquier momento, Teo, por Dios —rogó Pamela y de repente se sintió empujada hacia el lecho.

Teo la derribó sobre la cama. Levantó su vestido, presuroso. Las largas piernas y los blancos muslos de Pamela quedaron al descubierto. Teo contempló, extasiado, el ardiente panorama de la carne femenina revuelta mientras se apresuraba a zafar la correa del pantalón y desabotonaba la bragueta. Pamela flexionó ambas piernas a la altura de las rodillas. Apoyó los pies desnudos en el borde de la cama. Teo se echó sobre ella, suavemente. Con preciso movimiento de la mano derecha, Teo apartó las piernas de Pamela y adelantó su miembro erguido entre los muslos de su amada húmedos de palpitante sudoración vaginal. Tembló el vidrio alto de la ventana que tapiaba el balcón. Segundos después, al caer Teo sobre Pamela, la mole de ocho pisos del Hotel Nacional fue impactada por un certero disparo de mortero en mitad de la fachada. Teo desgarró la porción superior del vestido de Pamela. Sus breves senos brotaron erguidos: el balcón de la habitación vecina se desplomó. Una lluvia de trozos de mármol y herrajes retorcidos cayó en medio del patio delantero del hotel. Teo besó



los pezones, acarició las vibrátiles terminaciones, los lamió gustoso. Con la punta de la lengua, enjugó la saliva que permaneció adherida en medio de la diminuta y estrecha canal que separa ambos senos. En el frontis del Hotel Nacional quedó abierta una gigantesca tronera y a través de ella brotaban largos chorros de agua provenientes de las tuberías afectadas con la explosión del obús a la altura del piso cinco. Teo Tellez acabó de enterrar la punta de su miembro erecto dentro de la vulva y Pamela, al contacto de la carne, enterró sus uñas en sus brazos y el ardor que le provocó la piel desgarrada hizo que Teo, con

ánimo homicida, terminara por penetrarla febrilmente. La luz se cortó, la habitación quedó en penumbras y en el silencio de muerte que invadió los pisos altos del hotel, la pareja escuchó el ruido inconfundible del agua derramada a borbotones en las habitaciones vecinas inundando el pasillo, deslizándose por debajo de la puerta de la habitación que ocupaban. Pamela Rivas empezó a jadear. Abría y cerraba muslos y Teo, con precisión de cirujano, introducía y extraía el miembro en los breves segundos de respiro que mediaban entre uno y otro espasmo. Abrazados en mortal unión, Pamela Rivas, más que pedir al cielo una gracia, rogó anhelante para que finalizara pronto la febril posesión y Teo Tellez, desmedido, la penetró en toda su longitud mientras Pamela cerraba muslos y piernas, esfínter anal y vulva, arqueaba su espalda, se erizaban sus cabellos, gemía, lloraba como una loca, lanzaba patadas al aire y el techo de la habitación, lentamente, se desplomaba en una esquina, cayeron trozos de pared, pedazos de cornisas y abundante yeso se depositó sobre muebles, estanterías y cristales. Finalmente, una gruesa nube de polvo penetró por la ventana abierta y el agua acumulada en el pasillo terminó por abrir la puerta de la habitación en el instante en que Teo eyaculó como fiera en celo inundando de espeso semen la más remota intimidad de la vagina de su amada Pamela.

Teo Tellez se aventuró en el pasillo en penumbras y sus zapatos levantaron remolinos de agua empozada

sobre la larga alfombra marrón. Detrás de él, dentro de la habitación, Pamela, trepada sobre la cama, componía su vestido mientras miraba desconcertada y con creciente temor el lento ascenso del nivel del agua. Cucarachas y ratones flotaban a la deriva en medio de la corriente y Teo se preguntó cómo era posible que lujosas suites y recámaras nupciales del Hotel Nacional que era la joya del turismo internacional radicados en Cuba, se hubiera convertido en cuestión de segundos en depósitos de alimañas. Aunque no se habían producido nuevos impactos de obuses, trepidaban las ametralladoras y el combate, a juzgar por la intensidad del tiroteo, debía ser cada vez más intenso en el área del parqueo y en los jardines aledaños al hotel.

Teo Tellez subió despaciosamente la escalera interior del hotel que conduce al piso ocho. Se asomó en la boca del pasillo. La inundación aún no había alcanzado las instalaciones del piso ocho y la alfombra marrón se extendía como una inmensa avenida a lo largo del pasillo. Al advertir su presencia, los defensores del reducto le pidieron que se identificara. Teo, orgulloso, mostró su brazalete de insurrecto, y les contó brevemente la odisea vivida con los disparos artilleros, la inundación y la colaboración que prestó en el traslado del cuerpo enfermo del veterano general Sanguily. Los hombres regresaron a sus puestos tras las ventanas y, desde ahí, tiroteaban con precisión cuanto vehículo transitaba por las calles aledañas al hotel, y Teo, sintiéndose en confianza, se animó a preguntar el número de la habitación en la que se encontraba atrincherado el coronel Arturo Romagosa.

—Allá arriba, en la azotea, tiene su parapeto particular —precisó un capitán médico sublevado—. Es nuestro mejor francotirador.

Teo Tellez suspiró, aliviado, como si el Destino le hubiera concedido algunos minutos más de vida. Se despidió del grupo de oficiales sublevados indicándoles que debía hablar con el coronel Romagosa un asunto de urgencia. Trepó afanosamente una escalerilla interior de incendios, retorcida y olorosa a orín. Asomó la cabeza en la azotea del hotel. El aire fresco del mediodía lo despertó, arrojó sobre su cuerpo la capa de salitre que salpicaban las olas del mar batiendo fuerte contra la hilera de arrecifes del Malecón habanero. Teo Tellez contempló angustiado como las fragatas de guerra Baire y La Demajagua asumían posición de zafarrancho de combate en medio de la mar gruesa que fustigaba a su antojo los costados. Las dos naves se colocaron a media milla del litoral, escalonadamente, y no había nada que profetizar, pensó Teo: abrirían fuego de inmediato. Miró hacia la ciudad: el panorama le pareció igual de aciago. La Colina Universitaria se encontraba erizada de baterías artilleras, y en las azoteas de los edificios de Física, Ciencias Comerciales y de Humanidades, asomaban las bocas de los cañones apuntando amenazadoramente hacia el Hotel Nacional por encima de los tejados.

En cada una de las esquinas de la Calle 23, hasta alcanzar el Malecón, habían emplazado varios nidos de ametralladoras. Frente al hotel, reforzaron el puesto de mando con centenares de civiles armados de ametralladoras y emplazamientos de morteros. Si toda aquella maquinaria bélica se llegaba a poner en funcionamiento, pensó Teo, teniendo como blanco preferido un blanco inmóvil como era la mole de ocho pisos del Hotel Nacional, puede que de su estructura final, solo quedaran escombros.

Teo Tellez volteó a mirar al frente, y sí, ahí, a escasos cincuenta metros de distancia, se elevaba una graciosa torre morisca con techo abovedado cubierto de azulejos que brillaban al sol, flanqueada por cuatro diminutas torres de igual hechura árabe. Bajo el palio protector, con el largo fusil Springfield acunado entre sus brazos como un hijo querido, se encontraba el coronel Arturo Romagosa, firme en su puesto de combate, desafiante, en medio de una silenciosa encrucijada que, necesariamente, razonó Teo, minutos después, será de intenso fuego.

Los primeros en disparar fueron los marinos de la fragata Baire, seguidos de los de La Demajagua. La blanca estela de los proyectiles surcó el espacio seguida de miles de disparos de ametralladoras y del sordo rumor de las baterías de morteros emplazadas entre los arrecifes de la costa. Fue entonces que, al mismo tiempo, puede que concertados de antemano por invisibles hilos comunicativos, desde las ventanas y azoteas

del Hotel Nacional, brotó el fuego preciso de los francotiradores amotinados. Teo Tellez observó asombrado con cuanta cautela y efectividad el coronel Romagosa disparaba su fusil Springfield hasta agotar el cargador.

En silencio, lo llenaba, terciaba el fusil, apuntaba despacio y, de nuevo, tiro a tiro, arrancaba al Springfield una cadencia de fuego que frenaba el avance enemigo. Otra cosa muy diferente era el demoledor fuego artillero que soportaba el edificio: el hotel temblaba de atrás hacia delante, y viceversa, según los impactos procedieran del mar o golpearan de frente. Teo Tellez sumergió la cabeza en el oscuro hueco de la escalerilla metálica. Extrajo el revólver de la funda sobaquera de la chaqueta deportiva y asomó la cabeza lentamente en el hueco de la escalerilla. El coronel Romagosa, sin hacer caso de los continuos estremecimientos del edificio que amenazaba con desplomarse, disparaba imperturbable su fusil. Desde su madriguera, Teo levantó el brazo, apuntó con su revólver y, segundos después, apretaba el gatillo, pensando con indecible fruición: "¡Pamela!", "¡Pamela!", "¡Pamela!" Repitió en silencio: "¡Pamela!", "¡Pamela!". Mientras disparaba hasta agotar el cargador: "¡Pamela!" Con el último proyectil encajado en la mitad de la frente, el cuerpo inerte del coronel Arturo Romagosa, se desplomó sobre el piso de azulejos.

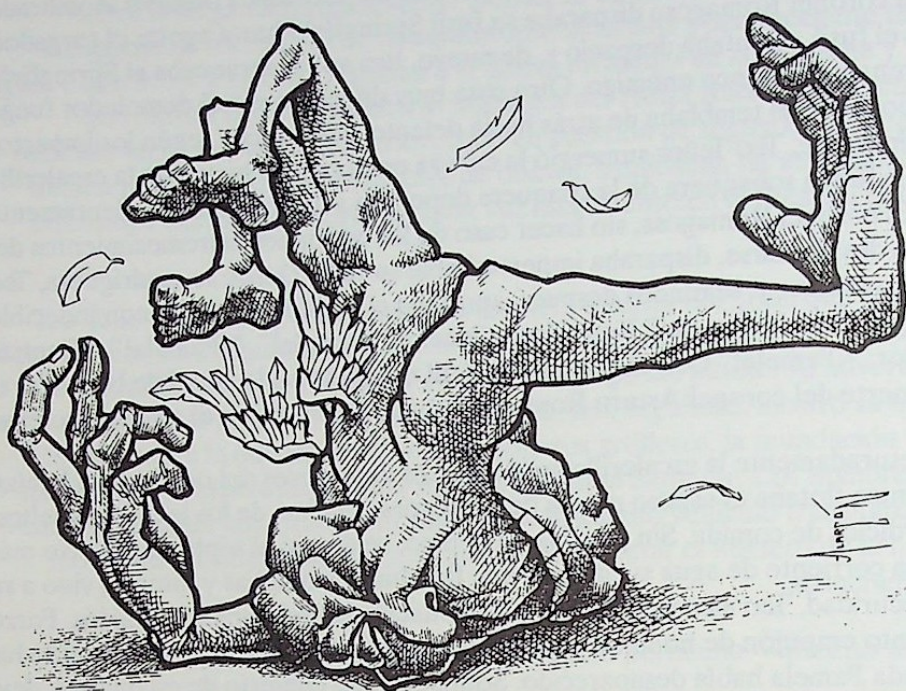
Teo Tellez descendió apresuradamente la escalerilla metálica. Los defensores del octavo piso habían abandonado la habitación. Dentro flotaba el espeso aroma de la pólvora. Encima de los lechos revueltos, laticas de jugo de tomate y desperdicios de comida. Sin pérdida de tiempo, se dirigió al séptimo piso. No más se asomó en el pasillo, la corriente de agua sucia en la que flotaban cucarachas y ratones, vino a su encuentro. Chapoteando en la oscuridad, Teo alcanzó a llegar a la habitación setecientos setenta y dos. Forzó la puerta de entrada con un violento empujón de hombros. La ventana abierta le proporcionó suficiente luz para percatarse de que su amada Pamela había desaparecido. Sobre el lecho cubierto de escombros, dejó abandonado el chal azul marino que Teo recogió y ocultó en el bolsillo lateral de la chaqueta deportiva. Se lanzó a toda carrera escaleras abajo. En los diferentes cruces de pisos no se veían defensores portando armas ni se escuchaban disparos. A la altura del piso tres, y advirtiendo igual silencio de muerte, Teo corrió a asomarse a la ventana que daba al frente y vio a los oficiales de la resistencia armada que, en largas hileras penitentes, estaban rodeados de policías y de gente de civil armados de ametralladoras. Los insultaban, los carajaban, los vejaban, les mentaban las madres. A golpes de porra y empujones, los encaramaban en camiones militares y autos policiales que partían raudos. Angustiado, al pensar que se había quedado solo en el interior del Hotel Nacional, Teo Tellez se asomó a mirar del otro lado del pasillo y vio que, en mitad del patio trasero, no había movimiento alguno de tropa armada; sobre el mar flotaban las fragatas de guerra con los cañones desenfundados pero sin disparar.

Teo Tellez calculó la distancia que lo separaba de la tierra. Diez o quince metros, pensó: no más. Bajó al segundo piso. No encontró señal de vida alguna ni en el pasillo ni en las habitaciones. Se escondió dentro de la suite matrimonial rotulada con el número doscientos veintitrés. Recogió sabanas y mantas de encima de la cama. Con un brusco empujón, abrió la puerta ventana que da al balcón. Todo igual, tranquilo, y sin asomo de gente.

Se dedicó a trenzar una larga cuerda anudando sabanas y mantas. La lanzó por encima del borde del balcón, ató la punta libre a la balaustrada, y se descolgó lentamente, manteniendo pies y manos bien sujetos de la cuerda. Faltando un par de metros para llegar al suelo, se dejó caer. No más apoyó talones para aminorar el impacto, empezaba a recuperarse del choque y fue violentamente sacudido por la espalda. Intentó voltearse. Recibió un cachiporrazo en la nuca que lo lanzó al piso. Le pegaron un par de patadas en el vientre que lo hicieron arquearse de dolor.

— Así que el niño bien se nos quería escapar —comentó socarrón un policía y el par de acompañantes sonrieron satisfechos—. ¡De pie, maricón, de pie! Derechito, camina sin hablar.

Lo empujaron fuera del área del césped. Para su asombro, no lo esposaron ni le ataron las manos a la espalda. Al encontrarse solo, recorriendo el promontorio enyerbado, con tres policías detrás pisándole los talones, Teo Tellez no pudo menos que recordar el crecido número de revolucionarios antimachadistas a los que, en el pasado, se les aplicó la "ley de fuga". Pensó: en cualquier momento me la aplican a mí. Recorrió el



mismo camino que horas antes lo llevara al hotel burlando la presencia policial desplegada en la esquina del garage Alfaro. Iba tras: "¡Pamela!", "¡Pamela!", "¡Pamela!". Como ahora, en que a pesar de que estaba seguro de que lo iban a matar por la espalda, no dejaba de pensar en ella: "¡Pamela!", "¡Pamela!" Repitió bajito: "¡Pamela!" Y vio brotar lenguas de fuego del cañon de su revólver calibre treintaiocho. "¡Pamela!", "¡Pamela!", y vio caer el cuerpo del coronel Arturo Romagosa fulminado por los disparos.

Con las manos atadas a la espalda, lo condujeron al sótano del garage Alfaro, en la esquina de la Avenida de Línea y Calle O. ¡Oh, sorpresa!, gran asombro de la vida, en medio de la penumbra que albergaba el bajo techo del edificio centelleaban los faros delanteros del Cadillac blindado color gris plata. El carro estaba rodeado de policías armados, con los gruesos cristales de vidrio polarizado subidos, por lo que Teo aunque se afanó no vio nada en el interior. Se consoló con la idea de que durante sus últimos minutos de vida, pasearía por las calles de La Habana encerrado dentro de una carroza fúnebre especialmente acondicionada para trasladar prisioneros de cierta importancia. Pensó Teo: ¿acaso yo, un muerto grande?

La puerta lateral trasera del carro se abrió, y Teo, sin poder dar crédito a lo que veía, vio surgir la esbelta y bien proporcionada figura de un mulato joven que vestía uniforme militar, pelo negro y lacio y largas patillas cuyas facciones recordaba de: ¿dónde?, pensó: ¿dónde carajo lo he visto antes?

— El último niño bien que encontramos, coronel —rió entre dientes el policía sin dejar de apuntarle a la espalda con la afilada punta de su ametralladora—. ¿Qué le parece? Quería escapar del cerco del hotel colgado de una sabana. ¡Qué listo!

El Coronel achicó sus brillantes ojos negros. Lo miró fija, detenidamente. Al intercambiar miradas, Teo Tellez recordó, sí, qué duda cabía, era él, el mulato Beno, el sargento Fulgencio Batista y Zaldívar, el mismo que vigilara sus pasos en la galera durante su estancia presidiaria en el Castillo de Atarés. Se había confundido, demorado en reconocerlo porque, claro, ahora no vestía un raído uniforme militar de sargento sino un flamante traje de gala de Coronel.

— ¿Qué hacemos con él, coronel Batista? —retiró el seguro de la ametralladora el policía—. ¿Le damos boleta? ¿Una vueltecita por la ciudad para que el niño tome fresquito salado del mar?

El rostro del coronel Fulgencio Batista y Zaldívar se tornó de piedra, aindiado, remoto, inextricable.

— A este yo lo conozco. Déjemelo a mí, más tarde hablaré con él —taconeó, fingió una mal disimulada sonrisa el coronel Batista—. No sé qué hacía dentro del hotel, con los sublevados, siendo él antimachadista y partidario del general Menocal •